

LOS GRANDES CUADROS
DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES. -
"Pabillos de Valladolid," cuadro
de Velázquez, en el Museo
del Prado.



(Fot. N. Portugal. Archivo. J. Lausenz. C.º. Madrid.)

La China roja.

El Celeste Imperio, se va convirtiendo en otra república. Las tropas bolchevizantes de Canton, se han apoderado de Hankú, el Creusot, el Essen de China, y siguen su avance, ante Europa y América, que miran con cierta angustia y curiosidad, a esos soldados amarillos, guiados por una bandera roja.

74

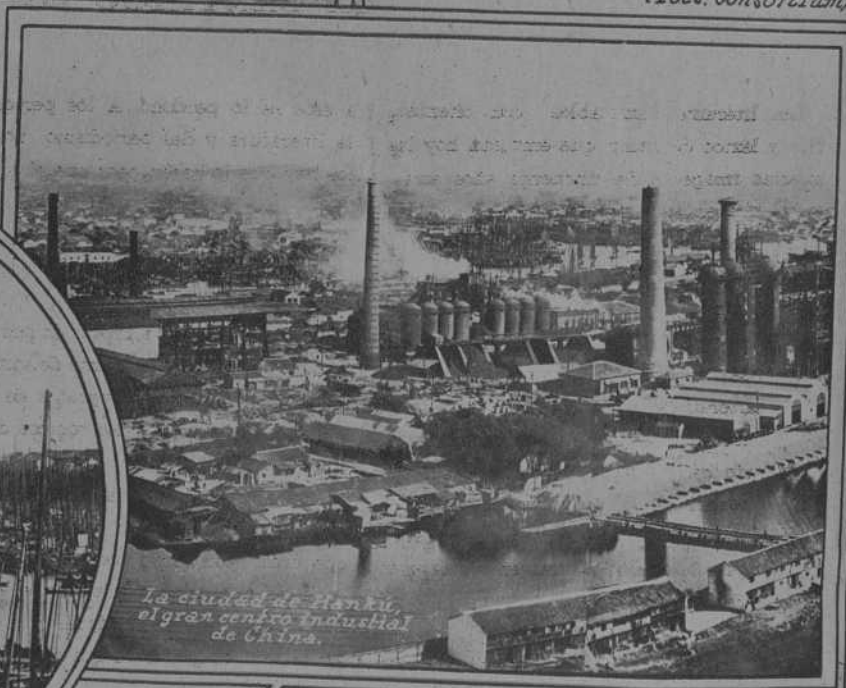
(Fots. Consortium).



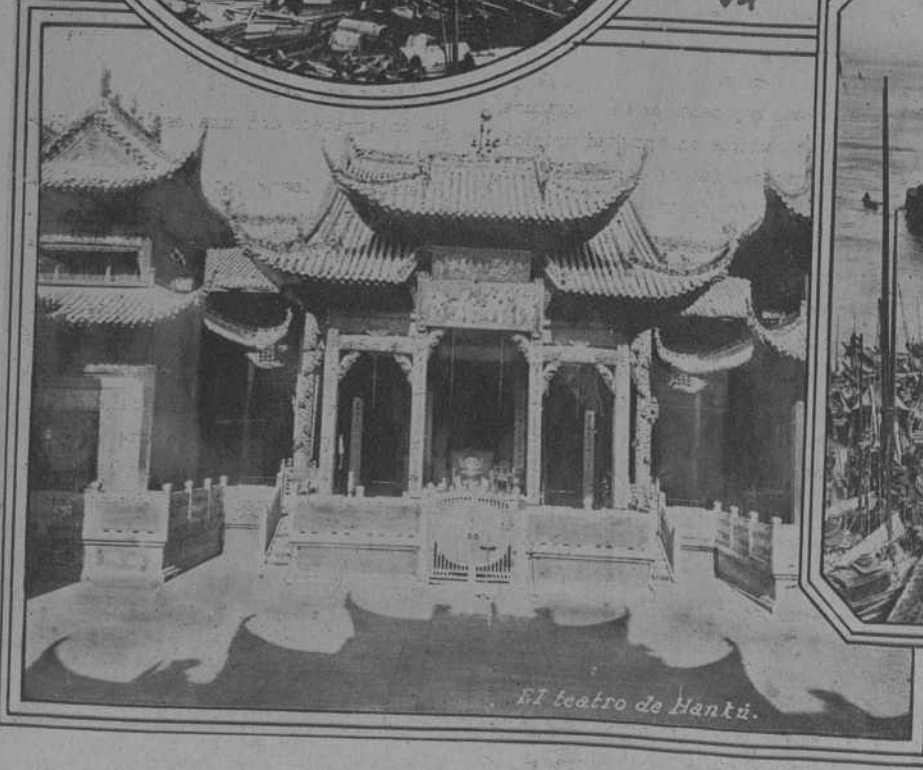
un templo de Han Yang.



El puerto de los pescadores de Hankú.



La ciudad de Hankú, el gran centro industrial de China.



El teatro de Hankú.



El Yan-Sé, el río Azul donde se han batido soldados chinos y marinos ingleses.

Las alegres vendimias.



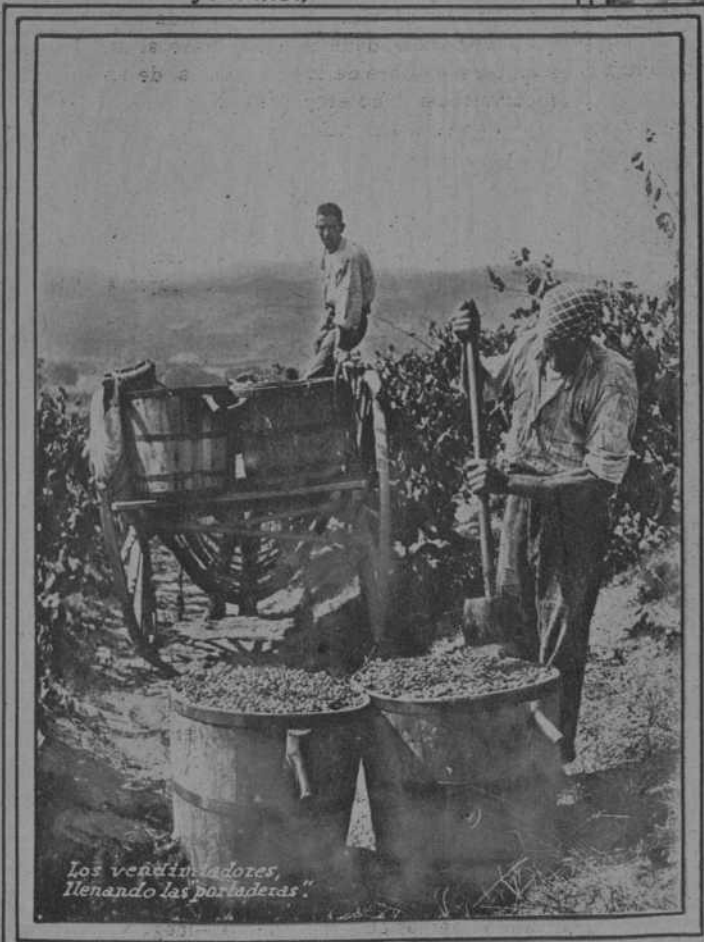
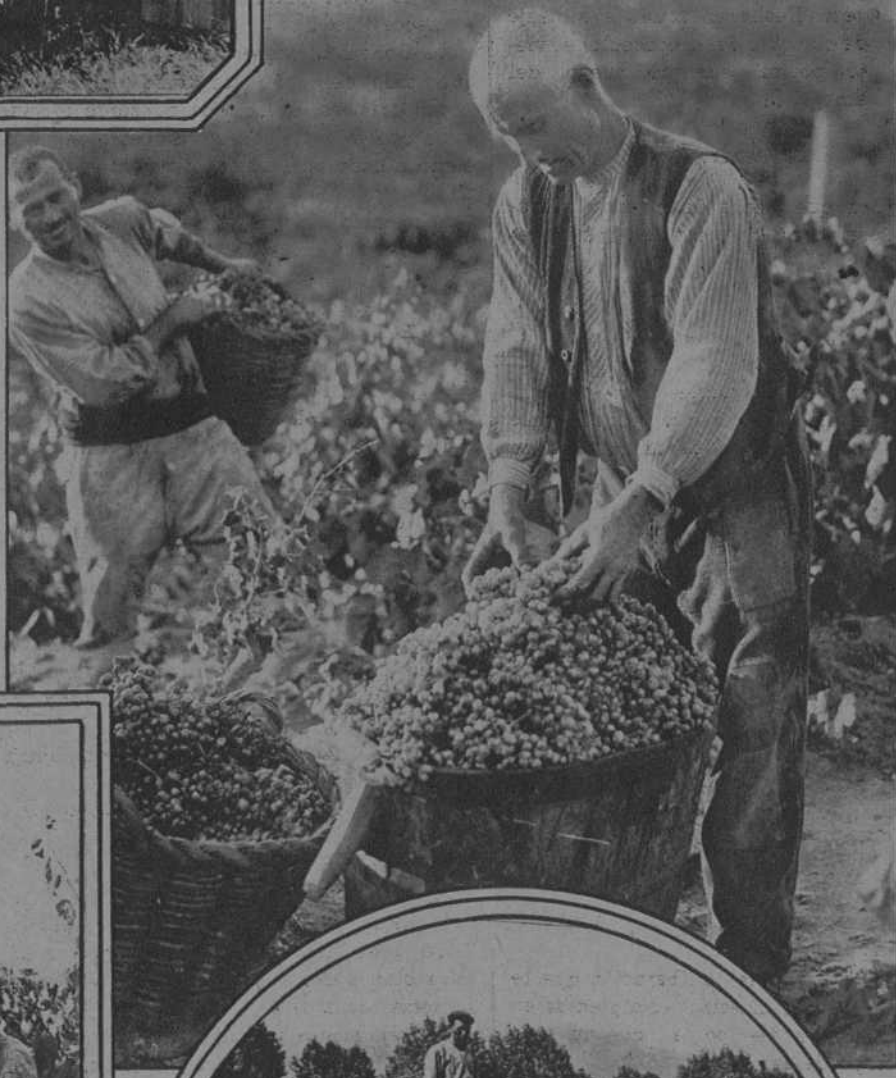
Recogiendo las uvas.

Ninguna recolección pone en los hombres tanta alegría como la vendimia.

Si pintan las uvas para la Virgen de Agosto, y para la de Septiembre ya están maduras, la vendimia es para estos días precursores del Otoño. La tierra nos hace su última oferta, y toda Cataluña, desde el Ampurdán al Priorato, desde el Urgell a las costas de Sitges, que nos dan la malvasía, es un lagar y una canción báquica:

"El vi surt de la terra,
el vi de la terra..."

(Fots. Fustero y Casañas.)



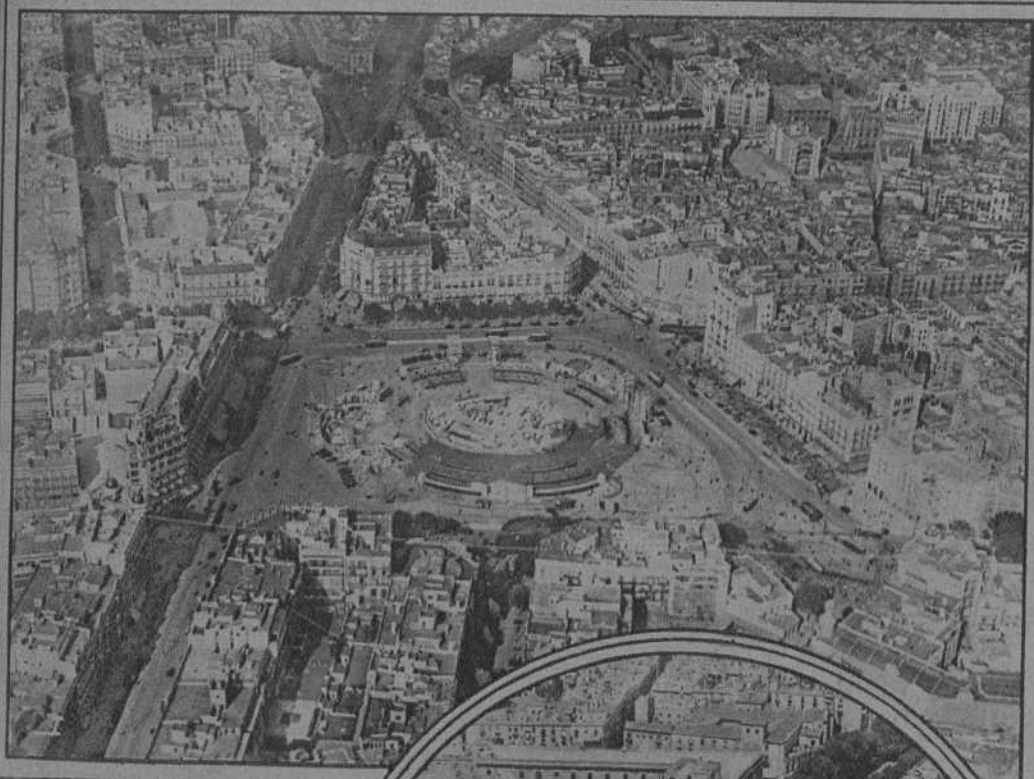
Los vendimiadores,
llenando las portaderas."



De la viña, los cestos van al carro, camino del lagar.

Barcelona vista desde avión.

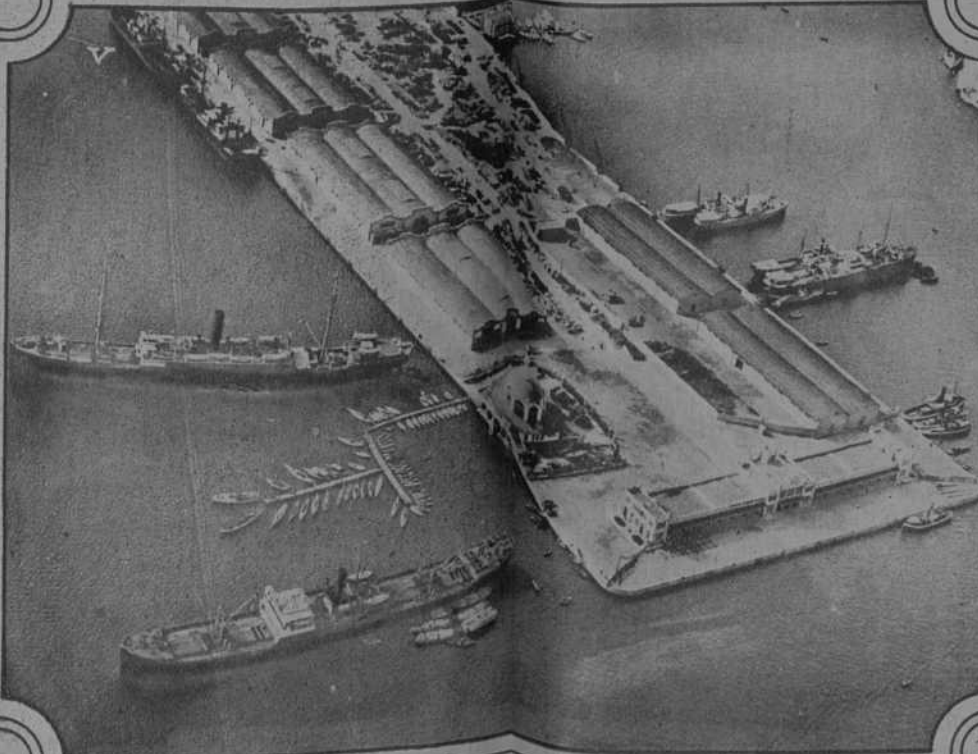
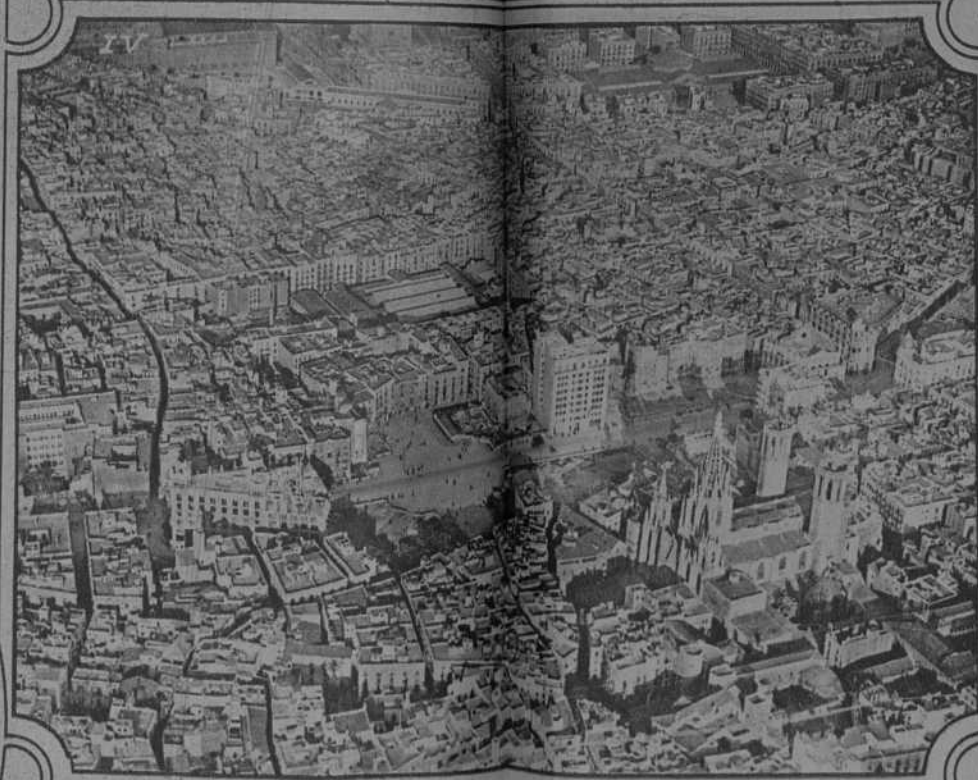
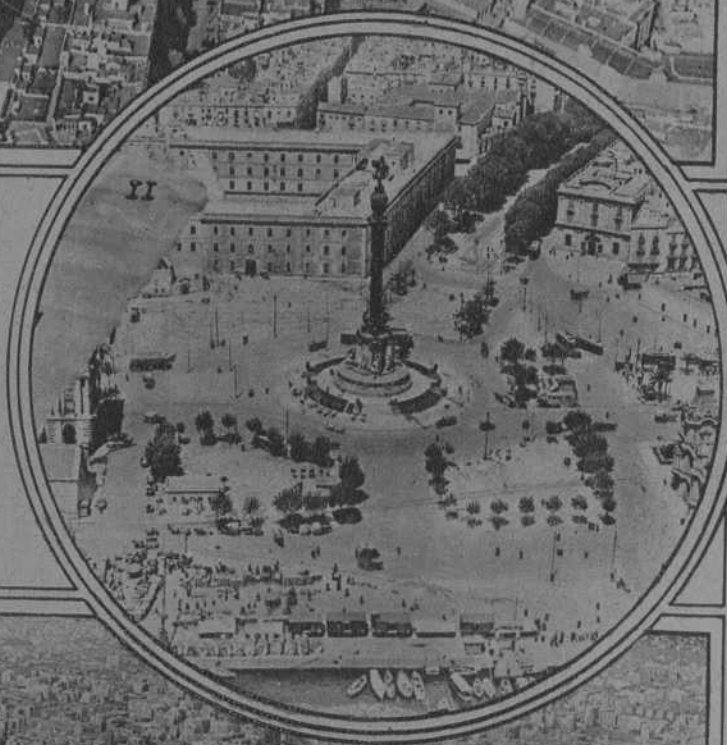
(Fots. Gaspar, desde un avión de la C^{ía} Latécoère).



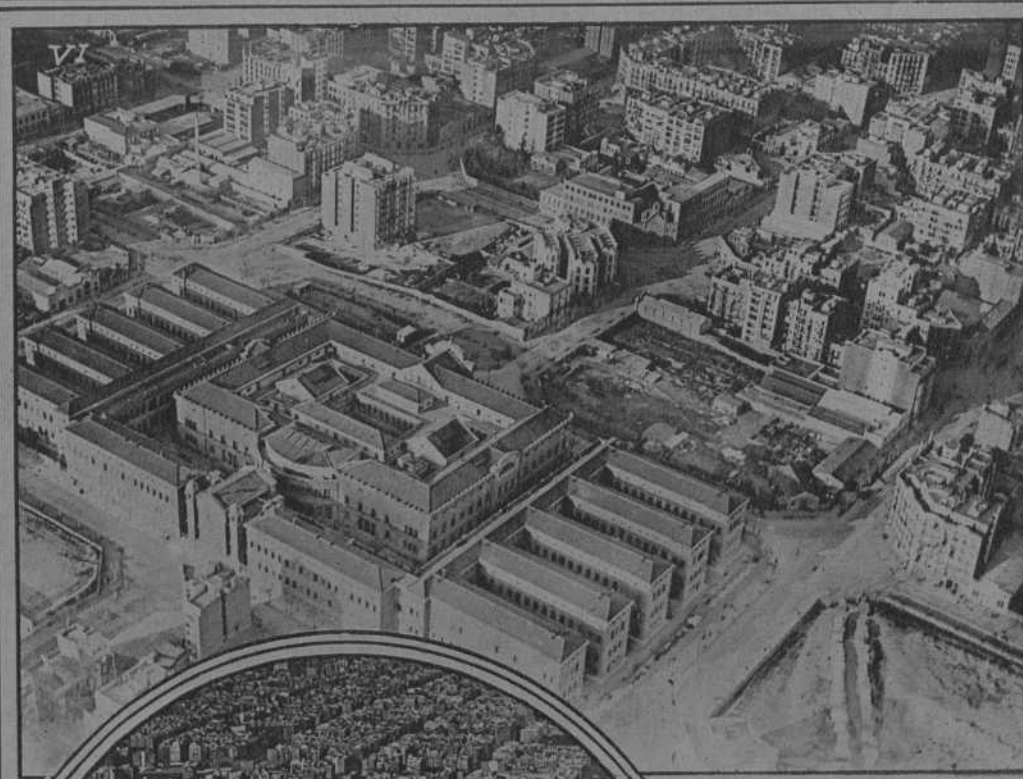
I.- Plaza de Cataluña.

II.- Puerta de la Paz y monumento a Colón.

III.- El Paralelo y las Ramblas, desde 1000 metros.



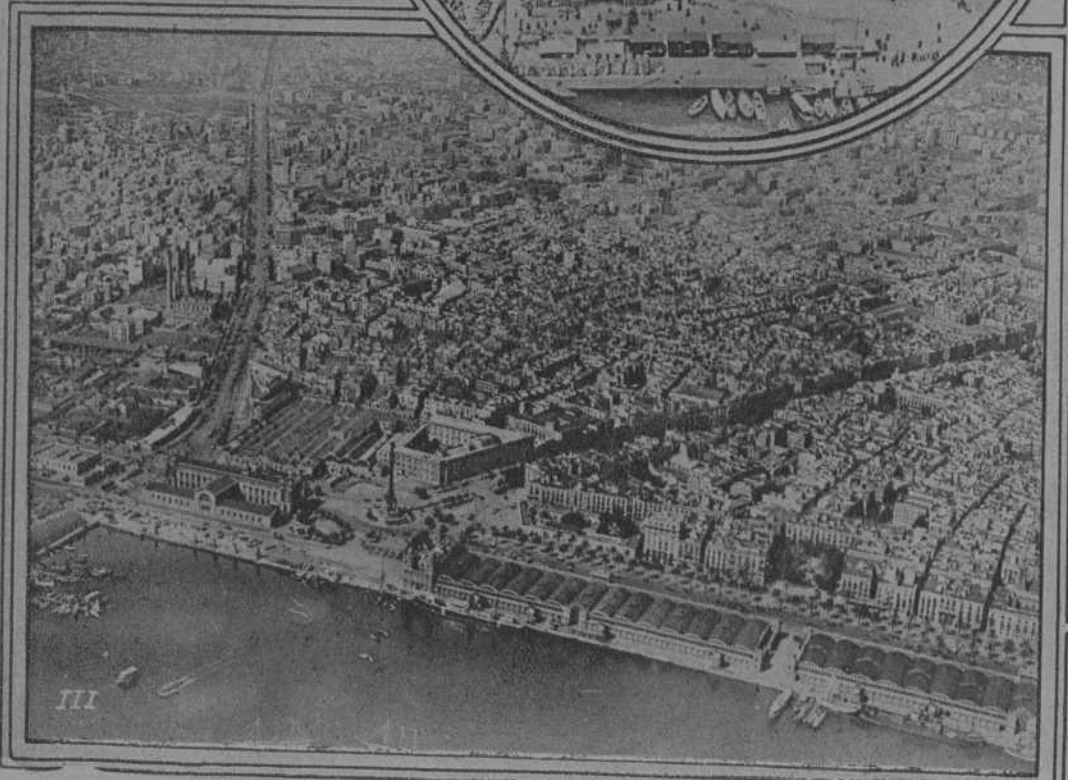
IV.- Granvia Layetana y la casa del señor Cambó.
V.- La Estación Marítima y el Club de Regatas.



VI.- Hospital Clínico.

VII.- La Plaza de España y Calle de Cortes.

VIII.- Las Plazas de Antonio López y de Palacio, desde 1200 m.

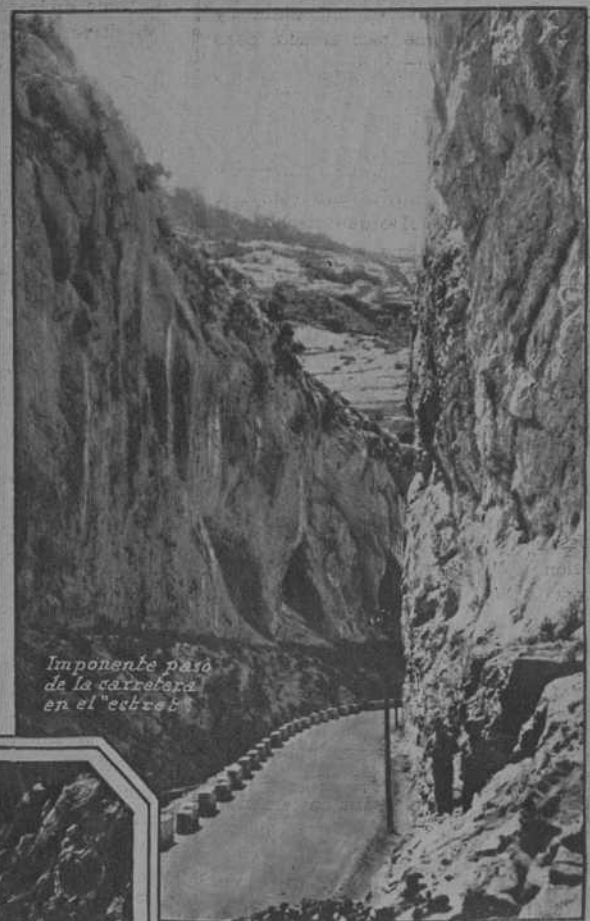


*El paso de Collegats
en Poble de Segur
(Lérida).*

*El río Noguera-Pallaresa
y los acantilados.*



*"L'argenteria", cascada
natural, en invierno.*



*Imponente paso
de la carretera
en el "estrecho".*



*El Collegats en toda su
extensión, presenta pers-
pectivas maravillosas.*

*El "Pas de Collegats", forma-
do por dos cordilleras la-
terales al río Noguera-Pa-
llesera, altas y acantiladas,
y en algunas partes tan pró-
ximas, que solo distan
algunos metros, tiene una
longitud de varios kiló-
metros, llenos de perspec-
tivas dantescas.*

(Fots. Gordo).

Mérida, la pequeña Roma.



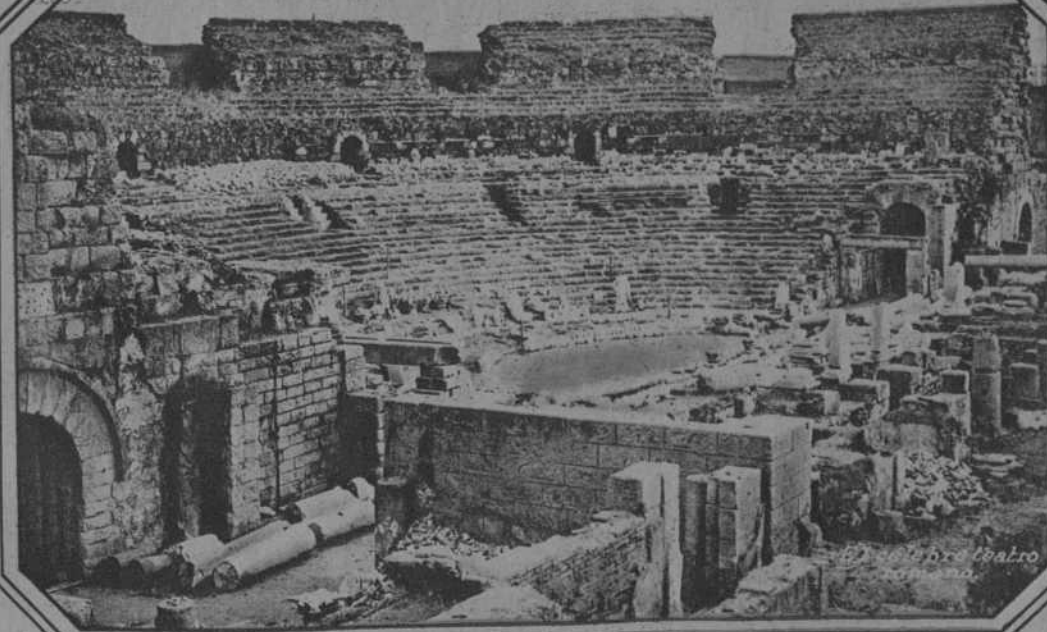
Murallas del Conventual y río Guadiana.



Restos del templo de Marte.



Arco de Trajano.



Restos del teatro.

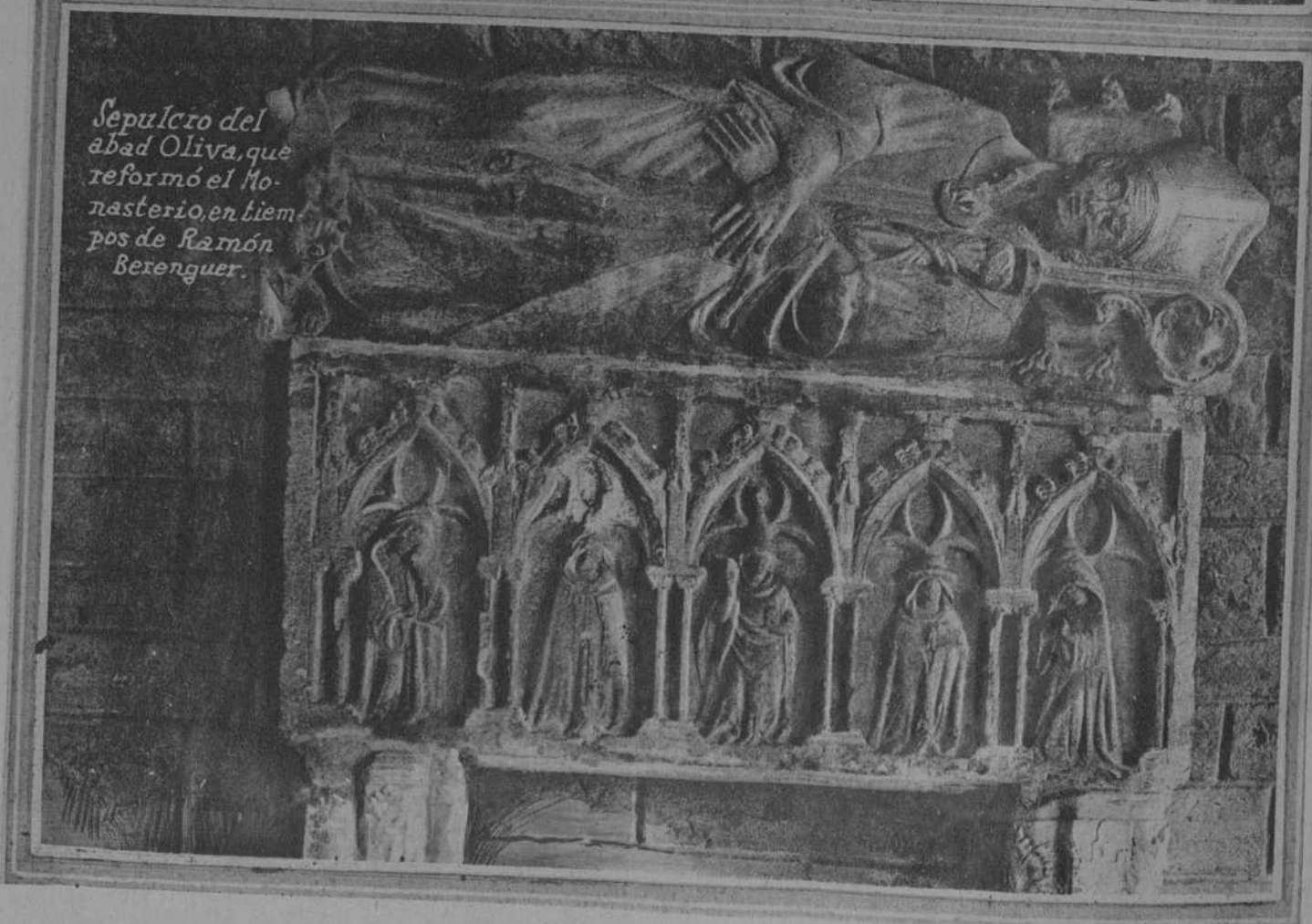
En la margen derecha del Guadiana, en la provincia de Badajoz, se alza la ciudad de Mérida, declarada monumento nacional.

Pequeña Roma, toda ella está llena de los restos de la Emérita Augusta, capital de la Lusitania. Allí, los templos de Diana y de Marte, el arco de Trajano, el teatro, el circo, los acueductos. No hay ciudad en España donde más hondo haya dejado Roma su sello.



*Los sepulcros
que
guardan la
Historia.*

*Sepulcro de Tallaferró,
el conde Besalú, le-
gendario, que Verda-
guer cantó en "El Canigó".
(Monasterio de
Ripoll).*



*Sepulcro del
abad Oliva, que
reformó el Mo-
nasterio, en tiem-
pos de Ramón
Berenguer.*

Niño en el recuerdo

(NOVELA CORTA)

por ANGEL MARSA

«Más impenetrable que el corazón de las mujeres, el de las niñas.»

Pío Baroja.

I

El viejo pintor, como abrumado, se dejó caer indolentemente en el diván. Paseó su mirada distraída, cansada, distante por el estudio irisado de ténues luces crepusculares, y la posó en un desnudo de mujer, abocetado solamente.

Era un festín de carne sonrosada aquel cuerpo palpitante que la magia de los pinceles del maestro iba creando. El viejo pintor, ante aquella obra suya en la que había puesto todos los fervores postreros de su alma de artista, se sentía lleno de un entusiasmo juvenil.

¿Tardaría mucho en llegar la Generosa? ¡Mozuela buena y guapa! Nunca había visto un cuerpo como el suyo. La gloria de sus últimas obras, a ella correspondía casi por entero, al cuerpo divino de Isabelita, a su maravillosa serenidad formal.

Cuando la tenía ante él, posando en actitud indolente de ofrenda absoluta, el viejo pintor sentía cómo iba rejuveneciéndose, y diríase que el estudio se hacía más amplio, más espacioso, más radiante.

¡Divino cuerpo el de la Generosa! Desde que la conoció a ella, no quiso que ninguna otra modelo entrara en su taller.

El viejo maestro pareció abandonar un poco su adustez característica con el trato de la muchacha. ¡La Generosa le trataba con tanta dulzura, con tanto cariño, con tanta humildad!

Al sólo recuerdo de Isabelita, el pintor se entristeció súbitamente. Tendido en el diván, la mirada lejana, los músculos distendidos, desarticulados, se hundió en una ensañación lenta y dolorosa.

¿Quería a Isabel? ¿La quería con la cálida pasión del hombre o con el apasionado fervor del artista? No. No la quería con amor de hombre. Y no la quería así, con pasión encendida, porque él... él no había querido nunca a ninguna mujer.

¡Cuántos, cuántos años pasados, y cuanta adoración férvida guardaba avaramente, en secreto, sin que nadie, ni sus más íntimos,

pudieran descubrir nunca el origen de aquella misteriosa inquietud del maestro! ¿Y no había querido nunca a ninguna mujer? No. Nunca. Porque él... él había querido una vez a una niña!

Su sensualidad, su prestancia masculina, quedaron para siempre vencidas y dominadas por aquel conato pasional. Después ya no vió en ninguna de las mujeres que se le ofrecieron, más que a la niña querida hecha mujer, y todas fueron para él la niña lejana, vencida por una feminidad hecha y plétórica que le hería como una insolencia.

¡Niña adorada en el recuerdo de tantos años, como una rutilante hornacina de luces votivas!

El viejo pintor contempló de nuevo su obra a medio concluir. ¿Era la Generosa, magnífica de feminidad plétórica, o era aquella niñita remota, viva y actual por un milagro del arte? No. Era la Generosa, la mujer de hoy, que sólo vagamente hacía recordar a la niña del recuerdo palpitante.

Sin embargo... Sin embargo, la niña que él quiso, seguía permanente en su corazón, fiel a su vida, iluminándola, purificándola, aniñándola.

¡Cuerpo núbil, de núbil sensualidad inconcreta! ¡Niña lejana! ¡Con qué cariño hermético e imposible la seguía queriendo!

II

(Las primeras sombras de la noche empiezan a flotar por el estudio dormido. En la semipenumbra brillan vagamente unas armas antiguas, unas porcelanas de Sévres, un velón. Tímidamente se entreabre el cortinón de terciopelo granate que desfallece en la puerta. Entra la Generosa).

La Generosa

—¿Se puede, maestro?

El pintor viejo

—Para, ~~eséqúam~~; ya sabes que tú no necesitas permiso para llegar hasta aquí.

(Tendido en su diván, entre grandes almohadones orientales

de seda rameada y policroma, sonríe el viejo pintor. Como un pretexto para soñar, tiene un libro en la mano).

El pintor viejo

—¡Qué buena eres, Isabelita! No sabes el bien que me haces viniendo a verme, a charlar conmigo en estas horribles tardes tan dolorosamente impregnadas de recuerdos amargos. Justo fuí al ponerte este nombre de Generosa, que tan bien te sienta...

(Isabel se adelanta hacia el viejo pintor. Devotamente acaricia sus barbas de apóstol, su caballera rebelde).

El pintor viejo

—¿De veras no te molesta estar junto a mí, Generosa? Tú eres una mocita, yo casi un moribundo. Tú, necesitas alegría, juventud, sueños locos, y yo siempre te hablo de tristezas, de nostalgias.

La Generosa

—No diga eso maestro. Vengo aquí porque usted es la alegría y la juventud mejor que nadie. La alegría de su arte joven y la juventud de sus sueños lejanos... Además, ¿para qué quiero mis años mozos si no es para dedicárselos íntegros?

El pintor viejo

—¡Oh, Isabelita! Hablas como si la juventud fuese algo sin importancia, algo que pudiésemos despreciar por ser secundario. No, Isabel, no. La juventud es para ser vivida intensamente, y yo, que he vivido tanto, tanto, no he de consentir que llegues a la nieve de las canas sin haberte quemado las alas del espíritu en la llama viva de la edad juvenil.

La Generosa

—¿Está seguro de haber vivido tanto como dice, maestro?

(Vencidos por el sortilegio vivido de la hora, la Generosa y el

viejo pintor guardan silencio. Suena el minuto dulce de las confidencias).

La Generosa

—Usted, maestro, no ha vivido. Y no ha vivido porque jamás supo lo que era el verdadero querer, la absoluta pasión...

(La voz de Generosa, es como un suspiro en el ambiente de tonos morados y grises del estudio. Habla con dulzura, como en un rezo. Deslíe en aquel leve oleaje de sombras del crepúsculo, el viejo poema, siempre nuevo, del amor).

La Generosa

—¡Verdad que nunca ha querido plenamente, encendidamente, con esa pasión capaz de llenar una vida?

(La voz de la Generosa, es ya sólo un eco de fervores. El rostro arrugado del viejo pintor, se contrae en un rictus de tristeza infinita. Su cuerpo parece más que nunca, el de un muñeco de trapo).

El pintor viejo

—¡Calla, Generosa! Me hacen daño tus palabras. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees también tu lo que de mí dice la gente?

(La exígua luz que se filtra por los cristales multicolores de un ventanal, da una tonalidad siniestra a la cara del viejo, de una palidez enfermiza. Dos gruesas lágrimas brillan resbalando lentamente por sus mejillas).

La Generosa

—¡Lloras! ¡Olvidaste la liberación que te traigo en mi seno, maestro! ¿No piensas en que aún estás a tiempo, en que tu vida sin objeto puede ser rectificada?

(La Generosa se incorpora, mientras el viejo esconde la cara entre las manos. Un largo sollozo entrecortado deshace en un fracaso de sonos el mágico silencio de la noche que llega).

La Generosa

—¿No te has fijado en mis labios, están sedientos de los tuyos?

(Palpitante, sutilizada, silenciosa, como una sombra, aprisiona el cuerpo vencido del viejo en un abrazo supremo, y besa sus labios una, diez, cien veces. Las pupilas múltiples y luminosas de una cornucopia, tiemblan imperceptiblemente en un rincón propicio. Hay allí, entre una casulla antigua bordada en oro y

la mascarilla de Beethoven, una pequeña corona de blancas flores de trapo).

El pintor viejo

—Aquellas flores podrían decirte, Generosa, si el amor verdadero, el legítimo amor ha rozado alguna vez mi corazón.

III

Realmente no podía ser más extraña la vida del viejo pintor, su pasado misterioso e inaccesible.

La Generosa, desde que le conocía, había intentado descubrir las causas de aquella honda tristeza, de aquella punzante melancolía que se reflejaba en su rostro de viejo santo tallado en madera. Pero todo fué inútil.

Ella había oído decir que el maestro supo conservarse casto a través de los años. Acaso esto no fuera cierto.

Pero desde luego la Generosa había podido comprobar fácilmente que ninguna mujer logró poner nunca en la vida ascética del glorioso pintor un girón de aventura, un soplo de apasionada vehemencia.

Su misoginia, le había creado una aureola de violencia, de ferocidad, de dureza inaccesibles.

¡Cuántas mujeres intentaron en vano vencer la irreductible pasividad del pintor de moda! Por su estudio, ante su caballete de retratista eminente, habían desfilado damas de estirpe, caprichosas y lascivas, y mundanas de lujo ansiosas de sumar a la lista cotizable de sus conquistas, la difícil conquista del ilustre pintor.

Todas las tentativas se estrellaron contra la ruda terquedad del maestro.

Llegó a forjarse en torno a su figura enigmática, una leyenda abominable.

La Generosa sentía por el viejo maestro un cariño hondo, encendido, tremante, lleno de férvidas ternuras. Le sabía desgraciado, y eso era suficiente para que su alma blanca de muchacha soñadora vibrara estremecida ante él.

El viejo pintor se había fijado en seguida en aquella solícita preferencia de su nueva modelo. Y eso, en vez de alegrar su vida, aunque le agradaba, la entristecía hondamente.

Todos los días, al caer la tarde, ella visitaba al viejo para charlar con él, para iluminar, para clarificar un poco su monótona y sombría existencia de anacoreta.

A ratos, la Generosa posaba ante el maestro, y éste, con un ardor juvenil impropio de sus años, se ponía a pintar febrilmente, atropelladamente, como queriéndose aturdir ante la permanencia enloquecedora de una idea fija.

Aquella tarde la Generosa, adivinó en el viejo un afán de sincerarse, de confesarse, de ofrecerse por entero. Estaba más triste que nunca, y más caído, más desarticulado, más roto.

Pon fin, después de dar unas pinceladas al lienzo en que estaba trabajando, dejó el maestro la paleta y los pinceles, y con su acostumbrado gesto de abatimiento hun-

dióse en el diván mientras dejaba vagar su vista entre los objetos esparcidos por el estudio.

Allí, en aquel ángulo donde iba a quebrarse el último girón de luz, quedó fija la mirada del viejo. Junto a la mascarilla de Beethoven, pendía la humilde guirnalda de blancas flores artificiales.

La Generosa no perdió el significado de aquella férvida mirada del maestro. Por segunda vez se fijaba ella en las vulgares flores de trapo. ¿Qué recuerdos tendrían para el maestro? ¿De qué dulces nostalgias serían guardadoras?

De nuevo advirtió ella que había sonado el minuto de las confidencias.

—¿Qué mira, maestro, con tanta insistencia?—sonrió.

Los ojos del viejo brillaron con un extraño fulgor.

—Miraba aquellas flores que te mostré el otro día...

La Generosa quiso avivar el fuego del recuerdo:

—Acaso el trofeo de una lejana historia sentimental...

—De una lejana historia de amor, en efecto. Nunca la he contado... más que a mi propio corazón, cuando a solas con él me siento niño en el recuerdo... ¡Qué quieres, chiquilla! Es mi secreto, mi gran secreto. Pero, a ti, a ti, que casi eres mi hija y que muy bien podrías ser mi nieta, ¿por qué no he de dejarte que vislumbres este rayo de luz, este rayito de luz que iluminó siempre mi vida interna?

Y pausadamente, con hablar dolorido, fué desgranando aquel recuerdo lejano, verdadera clave de su vida, de toda su vida mística y misteriosa, dedicada por entero al arte, al parecer libre de toda violencia, de toda tumultuosa inquietud pasional.

—Yo quise a una niña...

IV

...con una fuerza insólita, con una vehemencia inconcebible, con una pujanza inexplicable.

¿Cuando la ví por primera vez?

No puedo recordar. Parecía como si hubiese nacido en mí, fruto de mi imaginación calenturienta de artista soñador.

No puedo precisar cuándo nos vimos. Sólo sé, que después de verla nunca más habí de borrarle su imagen de mi corazón.

Era menudita. Era graciosa como una muñeca. Al conocernos, ella contaba apenas doce años. Yo, escasamente diez y siete.

Una espléndida cabellera de oro viejo aureolaba la divina candidez de su rostro infantil. Sus ojos, azules, de un límpido azul celeste, almendrados, profundos, eran ingenuos, dulces, inteligentes y acariciaban al mirar. ¡Jamás he visto unos ojos comparables a los suyos!

¿Qué secreto encerraban? ¿Qué misteriosa e irresistible fuerza hipnótica tenían?

¡Eran el alma de aquella niña, demasiado buena y demasiado inteligente—luego lo comprendí—para poder vivir mucho tiempo!

Yo no sé si descubrió alguna vez aquella

pasión que sentía por ella, aquella honda pasión que me consumía, que me agarrotaba, que me hacía fetichista de su soberana prestancia infantil. Acaso la adivinara, aunque yo la guardé siempre como un secreto inconfesable. Acaso una mirada mía la revelara toda la verdad, una sola de aquellas miradas mías por ella, tan hondas, tan unidas de adoración.

De lo que sí llegué a adquirir la certeza —¡dulce certeza!— es de que ella también me amaba. ¡Imposible amor de un corazón de doce años!

Yo le regalaba muñecas, juguetes, golosinas. Y ella venía a jugar a mi estudio destartado y frío, llenándolo de luz y de música con sus risas, con su parloteo incongruente y delicioso, con su agitado corretear.

En el curso de la vida, muchas mujeres han pretendido cruzarse en mi camino, y hasta acaso algunas me han amado, pero estoy seguro que ninguna habría conseguido proporcionarme emociones tan intensas y tan puras como aquella chiquilla de doce años.

¿Qué indescifrables misterios guarda el corazón de las niñas mucho más complejo que el de las mujeres? ¿De qué insondables abismos está hecha su alma, su almita blanca apenas destacada, apenas asomada al torbellino de las pasiones y de los sentimientos?

Viví sólo por ella. Viví sólo cuando ella aromaba mi estudio con las más dulces fragancias infantiles, y cuando me miraba candorosamente, pero profundamente también, con la gran maravilla de sus ojos azules.

Me pasaba las horas dedicado a su contemplación. Quería saturarme de su infantilidad radiante.

Fijo, muy fijo, escrutaba sus adorables promesas de un futuro próximo, hasta que al darse ella cuenta, el rubor encendía sus mejillas y su mirada se hacía más profunda que nunca.

Entonces me hablaba de sus muñecas y de cuando sería mayor. Y me pedía que le trenzara el pelo, que yo besaba castamente, maternalmente.

Una mañana, dejó de venir, contra su costumbre, a charlar conmigo. Me extrañó. Su piso estaba en el mismo rellano que mi estudio. No tenía más que salir de su casa y entrar en la mía.

Su madre ya sabía la costumbre de la pequeña y nunca le prohibió que viniera a jugar al taller.

¿A qué era debido aquella insólita tardanza? Ya me disponía a llamar a la puerta de su piso, cuando ella entró, con los ojos—¡sus maravillosos ojos!— enrojecidos por el llanto reciente.

Subió a mis rodillas, y cruzando los brazos alrededor de mi cuello, me miró con sus pupilas húmedas, brillantes, desbordantes de lágrimas.

—Nos vamos, ¿sabes? cambiamos de casa. Nos vamos a otra más fea y más triste que esta. Lejos, muy lejos...

Un turbión de lágrimas la hizo enmude-

cer de repente. Y luego, con voz velada, tílubeante, llena de estertores:

—¡Y ya no podré verte todos los días!...

Volví a fijar su mirada en la mía. ¿Cómo podían mirar de aquel modo unos ojos de doce años? Fué la vida, el infinito, condensado en sus ojos llenos de livores espectrales. ¡Hoy daría mi existencia, hartos mezquina, para recibir de nuevo aquella mirada inolvidable!

Sonreí ahogando un suspiro:

—¿No me darás nada tuyo como recuerdo? Tú te llevarás a la casa nueva muchos recuerdos míos...

Saltó de mis rodillas y salió corriendo hacia su casa. Sólo como me quedé en aquel momento, sentí con mayor fuerza la extraña tristeza de aquella separación.

Entró de nuevo la pequeña y de nuevo se subió a mis rodillas.

—Toma mi recuerdo ¿Lo quieres?

Me ofrecía una corona de flores blancas, de inocentes flores de trapo y alambre, la corona de su primera comunión.

Enmudecí ante aquel ofrecimiento insospechado.

—¿La corona de tu primera comunión?— pregunté al fin.—¿Es que tú no la quieres?

—Por eso, porque es lo que más quiero, te la ofrezco a ti...

Y tristemente dejó sobre mi cabeza, vendida por la casta ofrenda, aquella corona de candidas flores de nardo y azahar.

La besé. Pero mis besos en su carita infantil, fueron infinitamente más tiernos, infinitamente más puros que los besos maternos.

Y ella, remota como nunca de su futura feminidad prometedor, diríase que ingravida, me devolvió aquellos besos juntando sus labios rojos, divinos, apenas dibujados, con los míos trémulos de emoción.

Nada supe después. Pasó mucho tiempo. ¿Qué habría sido de mi pequeña amiga? Yo la seguía recordando, la seguía queriendo como antes. ¿Me recordaría ella igual?

Por fin un día encontré a su madre.

—¿Y mi amiguita?— le pregunté, ansioso de aquella correspondencia infantil.

Echóse a llorar la buena mujer. Tuve un extraño presentimiento. Sentí frío en el corazón, que pareció detener sus latidos. Rápidamente me di cuenta que iba vestida de luto.

—¿Muerta?— balbucí.

El llanto de la madre se hizo caudaloso.

—Desde que cambiamos de casa no volvimos a verla alegre—suspiró—Cayó enferma. Y ya en cama, hablaba siempre de la casa antigua y de usted y quiso todos los juguetes que le había regalado junto a ella. Antes de morir preguntó por usted muchas veces. Le tenía ley... Aún ahora no sabemos exactamente de qué enfermedad murió... ¡La pobrecilla tuvo siempre un carácter tan raro! Y por lo visto había tomado un gran cariño a la casa antigua...

V

Se hizo un silencio absoluto. De tan silenciosa, diríase sonora aquella vasta sala en sombras,

Por fin el viejo pintor, con voz más velada, más estrangulada, lentamente, igual que si estuviese haciendo su postrera confesión, añadió:

—¿Es que el amor de todas las mujeres puede llegar nunca a ser suficiente para llenar el vacío que en el corazón deja una niña amada?

Lloraba. Su bella cabeza de mártir fué doblándose bajo un peso que parecía de siglos.

Y la Generosa como en sueños:

—¿Por qué no me había revelado nunca este gran secreto infantil maestro? ¿Temió que lo profanara con mi apasionada vehemencia de mujer?

Un nuevo silencio, más palpitante, más atroz. Y de nuevo la Generosa:

—Yo también he sido niña alguna vez...

El viejo pintor estabalejos de todo, ausente hasta de sí mismo. Sus lágrimas parecían como una lluvia remota. Las manos breves y tersas de Isabel entre las suyas arrugadas y temblorosas no eran suficientes a retenerle dentro de la realidad de aquel instante milagroso y decisivo.

El viejo maestro, sintióse repentinamente niño, ávido de caricias maternales y de juegos cándidos y sencillos.

Trocó su llanto en risa y, de manera inaudita, alegre y optimista, libre del peso de tantos años vividos, arrebujaando en la felicidad de la inocencia primera, comprendió en un segundo de lucidez que se hallaba definitivamente poseído por el espejismo de la infantil ilusión lejana.

Mirando dulcemente a la Generosa, le sonrió:

—¡Mamaíta, mamaíta querida! ¡Cuéntame un cuento azul de princesas cautivas y príncipes encantados! Anda, mamaíta, cuéntame un cuento azul, que sea muy bonito, muy bonito, muy bonito...

El regazo de la Generosa, anhelante, suave, dulce, abrióse acogedor y acogedor. Para él, pobre viejo herido de muerte, era un tibio cobijo maternal, niño como se sentía en el recuerdo de la niña querida.

VI

La Generosa

—¿Duermes, niño mío?

El pintor viejo

—Sueño, mamaíta. Acércate más, que tengo miedo...

La Generosa

—¿Miedo de qué, niño mío?

El pintor viejo

—Miedo de todo, mamaíta. Miedo de mi sombra, que trepa por la pared y juega por el techo. Miedo de que te enfades conmigo y me castigues, dejándome sin postre o con los brazos en cruz.

(El estudio, irisado de mañana, radiante, diríase bruñido por la luz del sol. El viejo pintor está tendido en el diván que parece

una cuna. La Generosa, maternal, cuida las canas del anciano como si fuesen bucles de oro).

El pintor viejo

—Mamáta, ¿y aquel cuento?

La Generosa

—Oye, niño mío: Una vez era un rey, muy fiero, muy fiero. Este rey, era viejo, muy viejo, y nunca había tenido otra pasión que las guerras.

El pintor viejo

—¿Era valiente?

La Generosa

—Muy valiente. De tan valiente que era, había perdido el corazón.

El pintor viejo

—¿No tenía corazón?

La Generosa

—Era seco como un sarmiento. Con sus enemigos implacable; con sus subordinados, duro; con sus súbditos, cruel. Este rey, tenía una hija, muy bonita, muy bonita. Rubia como el trigo, buena como el pan, pura como la nieve de las montañas.

El pintor viejo

—¿Se parecía a ti, entonces?

La Generosa

—No, niño mío. Se parecía a...

(El viejo pintor se incorpora.

Sonríe, gozosa. Mira al rincón, donde entre una cornucopia y la mascarilla de Beethoven pende la humilde corona de flores blancas).

El pintor viejo

—¿Era niña la hija del rey?

La Generosa

—De tan niña, parecía un ángel. Pero, atiende. Una vez el rey, condenó a muerte a cien enemigos hechos prisioneros. Los mandó ahorcar en la plaza pública, entre grandes fiestas y bailes del populacho.

El pintor viejo

—¿Murieron los cien?

La Generosa

—Los cien. A la hija del rey, niña tierna, buena, dulce, le produjo tanta tristeza aquella crueldad de su padre, que fué mustiéndose, mustiéndose, como una flor cortada y sin agua, y a los pocos días, murió...

(El viejo pintor se extremece. Con los ojos muy abiertos, mira a la Generosa con fijeza angustiada).

El pintor viejo

—¿Dices que murió, mamáta?

La Generosa

—Sí, niño mío. Murió buenamente, tiernamente, dulcemente, como había vivido.

El pintor viejo

—¿Y el rey?

La Generosa

—Pues el rey, niño mío, tuvo un gran sentimiento, porque quería mucho a su hija. Estuvo llorándola treinta días y treinta noches, transcuridos los cuales, abdicó el trono y fué bueno, muy bueno, tanto, que cuando murió, lo hicieron santo, y Dios, Nuestro Señor, hizo sentarlo a su diestra.

(Hay un silencio que tiene temblores de plegaria. El viejo pintor sonríe. Acaso sueña con la hija del rey, con la niña dulce y rubia del cuento. Niño como se siente, con un infantilismo absoluto, total, esta niña es su mejor compañera).

El pintor viejo

—¿Y qué más?

La Generosa

—Y nada más. El cuento acaba aquí, niño mío.

El pintor viejo

—La niña murió... El rey se hizo bueno y murió también...

(El viejo apoya la cabeza claudicante en el regazo amplio de la Generosa. Así, recogido por la amante solicitud de esta nueva maternidad improvisada, va durmiéndose con un sueño tranquilo, confiado, puro. Con un sueño feliz, lleno de regocijos alados, de fantasmas azules, del que no despertará ya nunca).

(Prohibida la reproducción)

DISCUSIONES LITERARIAS

LOS INMUTABLES Y LOS RENOVADORES

por SANTIAGO ESPINEL

Los literatos inmutables con clientela fija y léxico de bazar que emplean hoy las mismas imágenes de cincuenta años atrás, se enfurecen con las literaturas europeas de vanguardia.

Les duele que ya no se diga que una mujer tiene el talle de avispa y los labios de coral o que un personaje «puso pies en polvorosa».

Las literaturas de vanguardia han tenido la virtud de romper los viejos discos de fonógrafo barato con que llenaban sus cajas craneanas los malos literatos.

Hay que crear nuevas imágenes y saber contemplar las mismas cosas en sus facetas innumerables y distintas.

Ejemplos:

«La graciosa palmera cimbreante cuyas hojas esbeltas semejan arcos ojivales».

¡Vamos!... ¿Se pretende que digamos siempre lo mismo?..

Yo diría ante una palmera: «Ese árbol absurdo, que parece cualquier cosa menos un árbol, tiene todas las trazas de un plumero para la limpieza».

Quien no tenga un punto de vista personalísimo, vale más que no escriba sobre nada.

Estamos hartos de tópicos, frases hechas, imitaciones y remedos.

Los monos no tienen derecho a escribir. O por lo menos a que sus escritos sean ofrecidos como pasto espiritual a las muchedumbres.

Un día recorté de un rotativo barcelonés el suelto que, desde una población de la costa le enviaba su corresponsal. Es éste:

«Las ocho serían de la mañana de ayer, cuando se desencadenó, repentinamente, fuerte tramontana, que barrió furiosamente las calles de la ciudad, levantando torbellinos de polvo y hojas que de los azotados árboles caían».

¡Ay, Cervantes de mi alma!... Hasta el corresponsal modesto se atreve contigo. Pero

a éste se lo perdono. A los personajes de la literatura y del periodismo, no. Porque los hay que lo hacen peor que el corresponsal. Y, el día menos pensado, los enchiquerran en la Academia o les clavan en el pecho la cruz, en la cual ellos debieran de estar clavados cabeza abajo para ver si con la congestión, llegaba a brotar en sus cerebros una idea original o un punto de vista nuevo.

Los más absurdos disparates de los nuevos, son preferibles a los tópicos de los inmutables.

¡Hay que remover el charco!... Aunque sólo sea para asustar a las ranas literarias que croan con tanto sosiego y parsimonia.

Ya sé que los inmutables se atreven a burlarse de los renovadores y a calificar de disparates grotescos sus nobles audacias literarias.

Yo le oí en Madrid a un bombero académico burlarse de este verso de Eugenio Montes:

«...ningún arpista pulsa la lluvia»

Y es que esos bomberos de la literatura, sufren de una terrible enfermedad crónica. Que es ésta: incapacidad de comprensión. A ellos les hubiera ido mejor así:

«...la lluvia azota los cristales».

Tienen prohibido el ejercicio del derecho del punto de vista.

A esos tales, les molesta sobremanera que Delteil diga: «Los niños juegan con el viento». Analizan la frase torpemente y, claro, opinan que con el viento no se puede jugar. ¿No?... ¡Peor para ellos!

Cuando se enfadaron mucho, fué el día en que Salaverría, cediendo al influjo benéfico por lo renovador, de las literaturas de vanguardia, osó estampar, en el «A B C» nada menos, esta imagen tan bella como nueva: «Cruzábamos por unas tierras arboladas y los viajeros arrojaban su tedio sobre el campo a través de las ventanillas». ¡Horror!... ¡Cómo se pusieron los literatos inmutables!

En la tertulia del café, don Cretino, papetado en sus barbas y en sus lentes de oro atados a la oreja como perros, exclamó:

—«Jamás el tedio será susceptible de ser arrojado por la ventanilla, porque no se trata, señores, de un objeto material. ¿Adónde iríamos a parar?... Salaverría, tan sesudo y recatado, no debió de hacer esta concesión a las escuelas nuevas que nos han traído, en mal hora, cuatro mequetrefes ávidos de notoriedad.

Yo estaba en la mesa de al lado, y recuerdo que le dije al camarero, señalando la botella del agua:

—Esta botella, ¿está llena de tedio?

—No sé que quiere usted decir.

—Nada. Siento que no esté llena de eso que digo para poder arrojarle, embotellado, a ese señor, el que provoca en mí con sus sandeces.

El camarero me tomó por loco.

En cambio el echador—joven y avispa—me dijo al echarme el café:

—¡Sólo o con tedio!...

Se lo agradecí con una espléndida propina insólita.

Y empecé a leerle, en voz alta, una serie de producciones de vanguardia que tuvieron la virtud de disolver la tertulia de los inmutables.

Ya tranquilo, saqué mis cuartillas e intenté un ensayo de renovación. Entonces fué cuando descubrí que el secreto del arte está en la sencillez y en la originalidad. Los inmutables no hacen obra de arte. Se limitan a reproducir la literatura de bazar que colma las aspiraciones de los idiotas.



YENDO DE CAMINO...

LA LECCION DE LAS GOLONDRINAS

por LUIS DE ZULUETA

Yendo de camino... O, como el buen marqués cantaba: «Faciendo la vía»... Ello es que, no hace mucho, en un viaje de turismo veraniego, vine a parar a una modesta villa donde contemplé un espectáculo que, en parte, encerraba una austera lección de pedagogía, y, en parte, nos emocionaba como un cántico de esperanza. Pero cántico y lección en voz baja. Porque el espectáculo era sencillo, humilde, como el lugar campesino en que nos hallábamos.

Luego os diré en que nación me encontraba yo entonces. No sea que el nombre del país nos lleve a prejuzgar las cosas. Observemos primero; juzguemos después. En todo, juicios; no prejuicios.

Era una villa rural, en tierra alta, región montañosa. Abajo, sonaban las aguas del río al pasar bajo los puentes históricos. En la plaza, la casa del municipio con el gran reloj, comunal. Alrededor de la población, fértiles huertas cuidadosamente cultivadas. En el fondo, la masa azulada de los montes con las manchas blancas de los ventisqueros, las nieves perpétuas.

Retornábamos al albergue, cerrada ya la noche. Marchábamos en silencio por la calle principal. De pronto, levanté la cabeza y detuve el paso un instante, no acertando a explicarme lo que veía. Mi primera impresión fué que la villa estaba empavesada con minúsculas pero innumerables banderolas. Miles y miles de oscuros cuerpecillos alargados, parecían pender de los hilos de la electricidad que se entrecruzaban simétricamente a lo largo de toda la calle. Aquellos cuerpecillos se hallaban colocados en hileras, muy próximos unos a otros, separados con regularidad, como en una orla, por breves espacios. Análogas motitas negras festoneaban primorosamente los relieves de las fachadas, las barandillas, los marcos de las ventanas, los aleros de los tejados... La misma ornamentación se prolongaba por algunas de las callejas laterales.

Bastó un momento de observación. Cada uno de aquellos cuerpecillos inmóviles, era

un pájaro dormido. Millares y más millares de aves reposaban tranquilas en lo más céntrico del pueblo conviviendo con sus moradores. Aquel alado ejército acampaba en ordenadas filas, seguro de la cariñosa hospitalidad del vecindario entero. Idílica visión de paz, ejemplo de fina cultura el que revela esa incontable muchedumbre de avecillas que, respetadas de grandes y chicos, se duermen cada noche confiadamente, aliñadas sobre los balcones!

Preguntamos sobre el caso a algún viajante que se sorprendió de nuestra sorpresa. El hecho es allá, habitual y corriente. Todos los veranos, en agosto y septiembre, van acudiendo a la villa, como a punto de reunión, desde vecinas comarcas, numerosas bandadas de golondrinas que en ella se congregan y concentran algunos días o semanas, antes de emprender el vuelo colectivo hacia los climas cálidos, propicios para la invernada.

¿Molestar a esos pajarillos? ¿Turbar siquiera su sueño? Ningún vecino lo intentaría. Por el contrario, todos les aman y protegen, viendo en ello una señal de civilización. A un forastero que, desde la ventana del hotel, les tiró un palo, a fin de verlos volar, faltóle muy poco para ir a la cárcel. Más aún. Cuando la procesión llamada del Santísimo Cristo, recorre uno de estos días la población, al llegar a esta calle, donde las golondrina duermen, se suspenden las voces y los cohetes, y Jesús—el Jesús del Evangelio que tocaba con cuidado la caña resentida para que no se acabase de quebrar—pasa silenciosamente para no interrumpir el sueño de esas humildes avecillas.

He aquí, nadie lo dudará, una hermosa muestra de cultura, de cultura verdadera, la honda cultura del espíritu. ¿Qué a que nación pertenece esa villa? La villa de mi historia, lectores curiosos, es una población española, típicamente española, Barco de Avila, situada en el corazón de Iberia, donde las tierras castellanas lindan con las

leonesas y extremeñas, al pie de las cumbres de Gredos.

Por eso aquella noche, retirándonos a nuestro hospedaje, bajo la claridad de las estrellas, no podíamos dejar de hacernos algunas reflexiones...

He aquí, repetíamos, una prueba de natural y delicada cultura. ¿Por qué otras veces hemos de lamentar en nuestro pueblo otras manifestaciones, por desgracia de opuesto carácter? Tierra de contrasta, de clarooscuro, de sombra y luz.

Probablemente habrá en la región ese elevado tanto por ciento de analfabetos que constituye quizás el más grave problema, el problema de más urgente remedio entre los problemas de España. ¿Qué no haría nuestro pueblo el día que a esa cultura espontánea, obra de la vida, le supiéramos añadir intensamente la otra cultura, la del saber científico y la disciplina técnica...

Mas, para que ese fruto se logre, será preciso que esa otra cultura sistemática no sea un simple mecanismo escolar, extraño y ajeno a la primordial cultura de la vida, sino más bien el desarrollo de ésta misma, su perfeccionamiento y su corona...

Esta es, por lo menos, la lección de las golondrinas... Cuando allá, en las playas africanas, se juntan, cual en la poesía de Gauthier, las golondrinas llegadas de los diversos países, unas hablarán de las blancas ciudades de la Europa meridional; otras dirán de los tejados de pizarra y las agudas flechas góticas; otras, acaso, recordarán las azules cúpulas de los templos de Oriente... En esa asamblea de oscuro plumaje en que los pájaros murmurarán de la conducta de los hombres,—y, en verdad, que, en el trato que éstos reciban, algo se revelará de nuestra alma—resonará un canto de alabanza y de gratitud en honor de aquella tierra española donde ellas, las inocentes aves, pueden descansar sin miedo, empavesando calles y edificios, en la vecindad, comúnmente peligrosa, de los seres humanos.

La segunda expedición de catalanes a Oriente

por CASIMIRO GIRALT

VII

Tarde de recuerdos

El calor seguía siendo asfixiante. Nos sentábamos a la mesa con verdadero peligro de escurrirnos bajo los manteles. El cuerpo, como sin huesos, sin músculos, sin nervios, se derrumbaba sobre la silla, oscilante como un péndulo, y parecía doblegarse sobre sí mismo como el fuelle de un acordeón.

De noche nos acometía un sopor extraño, letárgico. El sueño no aparecía cerrando blandamente los ojos e invadiendo poco a poco el cerebro, como es, a fin de cuentas, manera habitual de dormirse de la mayoría de los mortales y procedimiento en uso del amigo Morfeo.

No. El sueño se iniciaba apoderándose de los pies, subiendo lentamente por las piernas, ascendiendo con suave cosquilleo por el cuerpo, cerrando después los ojos y desmayando, finalmente, el pelo sobre la frente en un rictus faraónico.

Y con el cuerpo como una masa inerte, sin un estremecimiento, sin un parpadeo, llegaba el nuevo día y con el despertar iniciaba el sueño su viaje de vuelta, «desfaraonizando» el pelo, abriendo los ojos, deslizándose por el cuerpo y desapareciendo por el pulgar del pie, para esconderse, probablemente, debajo de la cama, al acecho de la noche siguiente.

El sol «africano»—empezábamos a darnos cuenta exacta de la palabrita—seguía persiguiéndonos con encono, con verdadero furor. Cuando alguno de nosotros asomaba la nariz por la calle, su majestad el Sol, debía gritarles, seguramente, a los más feroces de sus «satélites»:

—¡Eh, que ahí va uno de... «País de Sol»! IDuro con él!

Y parecía, entonces, que se nos dirigía, abrasadora primero, una ola de aceite hirviendo; una ola de vinagre en ebullición, después.

Nos sentíamos en escabeche. Ibamos a terminar materialmente guisados en la propia salsa. Nos devolverían a España «en lata»—forma, indudablemente, la más conservadora de viajar—alineados, apretujados y seriecitos, como aquellas desdichadas sardinas que nos servían en el hotel, antes de meternos con el asado de búfalo, el solomillo de carnero o la succulenta ración de cocodrilo en ebullición natural, hervido en la propia charca...

Aquella tarde, huyendo del calor asfixiante, abandoné el teatro. Deambulé por las calles como un autómatas. El asfalto parecía hundirse a mis pies. La boca, seca, ardiente, parecía respirar llamas. Me senté finalmente, en la terraza de «Groppi», sitio de reunión de la sociedad elegante del Cairo.

El café turco, servido como es costumbre en el país, hirviendo, humeante, acompañado de un vaso de riquísima agua del Nilo, casi helada, pareció reanimarme. No cabe imaginar bebida más deliciosa, tomada a pequeños sorbos, alternando con otros tantos de agua.

La terraza se poblaba rápidamente: mujeres hermosas de todas las razas, turistas de todos los países, ingleses en su mayoría, árabes a la europea con su fez rojo, alguna dama de harén recatada con su velo... En un rincón, bajo una acacia florida, ante una mesa y una diminuta copa de licor, fumando cigarrillos perfumados en una larguísima boquilla de marfil y ámbar, una dama hermosa, elegante, hubo de llamar poderosamente mi atención.

No cabía dudarle. Era ella. La novia des-

aparecida y amada del que fué mi amigo entrañable... Aquella mujer despertaba en mi memoria un recuerdo doloroso y lejano. Era ella...

Ella, alemana, parecía a despecho de la raza, escapada de una tela de Reynolds, tan grácil, tan esbelta, tan delicada era su figura.

Llegó, años ha, a Barcelona, procedente del teatro del Príncipe Regente, de Munich, contratada en el Eden Concert, de la ciudad condal, para bailar danzas de la Asiria, de la alta Nubia...

El—el amigo querido—era un joven poeta catalán, barcelonés. Tenía una hermosa cabeza soñadora, escribía versos tiernos y delicados como un idilio y prosa romántica...

Se conocieron... Se hicieron amigos... Y nació el amor. Ni él sabía hablar alemán ni ella español. Pero se entendieron. Se entendieron con el lenguaje de los besos; un a manera de esperanto poetizado.

Fuó entonces cuando la palidez del poeta se hizo más interesante. Sus ojos refulgían en su rostro de elegido, como dos violetas marchitas.

El idilio con la bailarina, fué, indudablemente, su mejor poema; un poema que no editó jamás porque este género de literatura se guarda inédito en el corazón...

¿Qué importaba que el poeta ignorase las palabras de su enamorada y ella las de él?

La luna, fué una noche líricamente florecida de estrellas, la madrina de su boda. Él, rezaba versos. Ella cantaba «lieder» de su país...

Pero ella, un día se cansó de tanta poesía, de tanto romanticismo y huyó con un cetrino que si bien ignoraba quiénes fueron Kant, Hegel y Goethe, poseía en cambio una cartera repleta de billetes que aseguraban la felicidad de la flamante pareja por todo un verano.

Perdí de vista al amigo. Había marchado a París, primero, a pasear sus memorias por el mundo, después. Le encontré pasado unos años, en un «Bar» de las Ramblas. No era ya aquel jovencito romántico de hermosa cabeza soñadora, ni escribía versos tiernos y delicados como un idilio... Bebía absenta y su pipa apestaba a opio. Escribía prosa cínica, corrosiva como el vitriolo, y en su rostro de joven-viejo aparecían lividas palideces.

Un día, después de unos meses, le visité en su cuarto de enfermo, oscuro y cargado de éter. El horror al vacío le impedía dar un paso. Lo sentía en su cerebro y fuera de él. Las perspectivas temblaban sus ojos. El abismo de Pascal, parecía abrirse a sus pies.

El infeliz reía con risa que sonaba a llanto, recordándose su aventura con aquella figulina germana. Y recordándola, tal vez, murió solo, olvidado, sin que una mano piadosa cerrara sus ojos...

Miré fijamente, insistentemente a la bella alemana. Vestía un traje de seda negro. Sobre sus cabellos negríssimos, se erguía altivo un «cigarette» de rey pérsico. Tenía un hermético gesto misterioso. Sus ojos agrandados, sombreados por el lápiz, parecían velados por una profunda tristeza, la tristeza de la fatiga; haberlo amado todo, haberse aburrido en todas partes, haberlo descifrado todo, lo más abyecto, lo más excelso... Su boca—su boca trágica—un herida sangrienta que había desfallecido tantas veces sobre el divino pecado de otras bocas, tenía ahora un rictus dramático de tedio, de hastío.

Mi mirada se hizo incisiva, hiriente... Quién sabe si adentrándose en los ojos de la pecadora, removió en su pecho las cenizas no extintas del amor de aquel poeta

de testa soñadora que un día encendió en llamas su corazón...

Sali malhumorado. Aquel encuentro había puesto en mis labios el sabor amargo de unas gotas de literatura romántica... Me senté en la terraza de una cervecería elegante. La calle se encendía de la luz argentada de los arcos voltaicos. El calor era ya más tolerable.

Una brisa débil en la que el Nilo vaporizaba sus aguas acariciaba el rostro. La multitud inconfundible de la capital de Egipto mezcla de razas encontradas y de indumentarias abigarradas y extravagantes, me hizo olvidar bien pronto a la pecadora y al amigo muerto.

Pero estaba escrito que aquella tarde había de ser para mí, tarde inolvidable de encuentros y de recuerdos. Otra mujer había de llamar a poco mi atención, ocasionándome una sorpresa vivísima.

¿Cómo fué?

Descendí de un automóvil, descendí tras ella un señor maduro, lustroso, ventripotente; un tipo perfecto para firmar un cheque en una película americana. Se sentaron a una mesa, frente a mí...

Reconocí al instante a la dama. Reconocí sus ojos de esmeralda, bajo la pluma brillante de su sombrero, negra como ala de cuervo, bajo el oro oxigenado de sus cabellos...

Se llamaba Amparo. Vivía en la calle Poniente de Barcelona. Había tenido sus diez y seis años y había amado con toda su alma. Dos cosas que, juntas, son a veces un delito.

La condenaban todos... El mundo no tuvo para la niña pecadora ni un gesto de piedad.

¿Qué había de ser de su vida?

Lo que fué. Primero, flor de placer y de vicio. Después, lo que el azahar dispuso; artista de teatro.

Llegó a figurar como primera tiple y a recorrer algunos escenarios de Barcelona, de Madrid, de Valencia, del norte de España... Desapareció después de un gran escándalo en la Corte, entre dos caballeros del gran mundo que llegaron al terreno del honor por ella... ¡por ella que carecía de honor, casi desde su infancia!...

Desapareció con un estudiante de Medicina y nadie volvió a saber de ella...

Nos miramos. Me reconocí al instante. Y sin un gesto, sin una palabra, sus ojos de esmeralda luminosos y vivaces y, mis ojos fatigados y míopes, entablaron una interesante plática:

—¿Tú?

—¿Tú?

—El mismo.

—No te había conocido.

—¡Han pasado tantos años!

—¿Qué elegante! ¡Qué hermosa!

—¿Qué gordol! ¡Qué facha, hijo!

—¿Qué es de ti?

—Pecadora, pecadora, pecadora.

—¿Quién es tu acompañante?

—Mi cuenta corriente.

—¿De dónde venís?

—De rodar mundo.

—¿Nos veremos?

—Si quieres...

—¿Dónde?

—Aquí.

—No faltaré.

Callaron nuestros ojos y un grillo indiscreto, delator, desde la baranda de un balcón vecino, pareció avisar con su icri-cril irónico al buen señor maduro, lustroso, ventripotente: tipo perfecto para firmar un cheque en una película americana.

La luna, en el azul del cielo, perfilaba al epigrama de sus cuernos burlescos...

De las Memorias de Otto Kendargenverterhauer

El día terrible en que tuve que matarme dándome dos tiros.

Y al fin respiré tranquilo

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Han pasado muchos años; sí, debo asegurar que han pasado muchos años, pero justo será que afirme asimismo que aún pone pavor en mi ánimo el recuerdo de aquel día de otoño en que me ví precisado a matarme.

Fué todo un asesinato, no creáis. Nada le faltó: premeditación, alevosía, nocturnidad. ¡Oh, con qué placer homicida, con qué criminal júbilo escuché cómo se apagaba mi voz, transformándose en un ronquido, en un silbo... perdiéndose en la nada, por fin: en silencio mortal.

Yo refa como un loco y mi buen hermano Wilhelm, omandante al servicio del emperador, creyó que me había vuelto loco. No me lo dijo en aquel instante, porque vestía de gala y pudiera haber sufrido su uniforme al exteriorizar cualquier impresión fuerte; pero me lo aseguró algunos meses después.

¡Oh!, veréis, veréis cómo fué. No se trata, en verdad, de un suceso vulgar, os lo juro. Yo no soy comandante de la guardia del Emperador, pero dispongo de un honor inmaculado, por el cual os afirmo que, ocurrencia como aquella, no se registra todos los días. Empeño en ello mi pequeño establecimiento de librería de Munich.

No quiero en fin, excitar más vuestra curiosidad, escuchad cómo sucedió aquello:

Yo tenía entonces treinta y dos años. Figuraos—tengo ahora cincuenta y cuatro—si hemos de remontarnos en la historia de mi vida. Por aquella época, servía yo aún a mi país confeccionando ciertas salchichas que me dieron notoriedad y provecho.

Después puse la librería por mera afición. Pero ninguno de estos detalles, al fin y al cabo, hacen al caso.

Lo importante es comunicaros que si mi mercancía era buena, la venta era mejor. Pero sentía cierta repugnancia por el oficio, demasiado... ¿cómo os lo diría yo?... demasiado...—sí, eso es—excesivamente ma-

terial. No en balde pertenezco a una raza sentimental.

Porque—y no quiero engañaros diciendo que me ruborizo al hacer esta sencilla declaración—yo era un artista; yo disfrutaba de una excelente voz de tenor en aquella época; una colosal voz de tenor. A veces en Munich parecía que tronaba; ¡oh! no, no truenos sino yo, que había entonado alguna romanza.

Pero con la voz no podía comer y era inútil que prescindiera de las salchichas. Así, pues, decidí algo digno del ingenio germano: unir la prosa a la poesía; embellecer las exigencias de la materia vil, con las bellas luces del arte.

No era difícil el empeño; sencillamente, contruí unas cuantas poesías a las que puse música apropiada. Entonándolas, anunciaba mi industria por las calles, poniendo en cada nota mi corazón.

Una de aquellas poesías, se hizo famosa, justamente famosa, pues era realmente muy bonita. Yo no sé si traducida a vuestro lenguaje perderá en sabor poético, pero no me creo con derecho a privaros de conocerla. Escuchad, decía así:

«Ciudadanos de Munich:
Comed todos sin cuidado
las buenas salchichas,
las buenas salchichas,
del profesor Otto,
rigurosamente controladas.

El profesor Otto se va a marchar.
sería pues, bastante conveniente
que formularais algún pedido
de sus buenas salchichas,
de sus buenas salchichas.

Ciudadanos de Munich:
las de Berlín son peores.
¡Viva el Emperador!...»

La canción, como ya os dije, y conforme a sus mercedimientos, se hizo enseguida popular. En las cervecerías, en los cafés, por las calles, en todas partes, era repetida y

celebrada por la gente. Se convirtió, como si dijéramos en el «tímo» (le llamáis tímo vosotros, ¿verdad?) de moda. El estribillo sobre todo, se trocó en comodín apto para responder a cualquier pregunta a la que no se quería dar contestación concreta. ¿Tienes ahí veinticinco marcos?—decía un ciudadano a otro con ánimo de darle un golpe con el sable, y ya se sabía la contestación del «operado»: «¡Las buenas salchichas, las buenas salchichas!»—contestaba, pero no soltaba una moneda.

En contra de lo que pudiera creerse, no fué eclipsado por mi obra. Muy al contrario, me hice célebre a la par que ella, hasta el punto de que no tenía suficiente éxito el estribillo, sino se repetía imitando mi portentosa voz de tenor.

Así las cosas, se estableció en la ciudad la primera casa dedicada a impresionar discos para gramófono. Era en los tiempos de aurora del gran invento y la nueva industria tuvo un éxito loco. Cada hogar poseyó en Munich su aparato y sus placas. Yo, muy bien pagado por cierto, impresioné una con mi pregón famoso.

Y podría terminar aquí. Lo demás no es posible que dejéis de adivinarlo. Si una sola voz llenó la ciudad del mismo ritmo y de la misma poesía, figuraos lo que ocurriría cuando esa voz pudo multiplicarse y asaltar al ciudadano desde cada casa, desde cada establecimiento, vaciándose por los balcones, por las puertas, por las ventanas, por todas las ventanas y todas las puertas y todos los balcones de Munich...

Al principio, la cosa me hizo gracia, por lo que de maravilla tenía. Adquirí un gramófono y os aseguro que pasaba las horas muertas escuchándome. Después, el placer fué obsesión, tortura horrible.

Me maté. Disparé dos tiros de mi pistola sobre el aparato, hasta que mi voz, como al principio dije, dejó de ser viril para convertirse en un jadeo, en un silbo de agonía, hasta fundirse en la nada de la muerte.